

EL LABERINTO Y EL HILO

Viaje a través de la argolla

Por Sebastián SALAZAR BONDY

Cada vez que uno viaja por América se explica bien por qué el turismo es entre nosotros, pese a los atractivos que la naturaleza y la historia ofrecen por doquier, una industria incipiente en la mayoría de los países. Descuéntense de las dificultades los costos de transporte y alojamiento, que ya son de por sí un obstáculo significativo, y piénsese solamente en los problemas que la burocracia ha impuesto como penosa prueba a quien se quiere desplazar entre naciones fronterizas y vecinas. El papeleo adopta los caracteres más curiosos y complicados y se convierte en una valla que hay que franquear con paciencia y, lo que es peor, con influencia. Ya alguien dijo que en nuestros países la institución que mejor funciona es la amistad. Gracias a los amigos, —y a los amigos de los amigos sucesivamente, en una cadena de relaciones y conocimientos infinita— cabe transpasar con saltos formidables los impedimentos de sellos, solicitudes, documentos, etc., que nos separan más que las distancias. Eso es simpático, claro está, pues da una noción muy cabal de que aún aquí se actúa por el afecto, pero en último término el expediente es anormal. Ni en la iglesia más esotérica está bien aquello de que "quien no tiene padrino no se bautiza".

La cosa es tan grave y asume a veces aspectos tan kafkianos que resulta más fácil irse a Europa, en donde, precisamente para fomentar la afluencia de viajeros —que dejan divisas y son, luego, agentes de publicidad de cada país—, se han suprimido los trámites agotadores: en Francia, en Suiza, en Escandinavia, etc. el pasajero extiende el pasaporte, marca el ingreso y entra sin más demoras. En la aduana prevalece la palabra de honor. "¿Ingresas usted tal y tal cosa?" — es la pregunta. "No" — contesta el interrogado. Una marca en las valijas, y adentro con los bártulos. Es cuestión, en principio, de confianza. Y es lógico. Los menos son los contrabandistas, los delincuentes, los traficantes. La mayoría de los que salen de viaje acuden a una ciudad extranjera por placer o por razones profesionales y lícitamente comerciales. Aquí el asunto es al revés: ante todo, la autoridad desconfía. Cada turista es un sospechoso. Con el agravante que los que están al margen de la ley saben arreglárselas para que toda su documentación esté en regla.

El papeleo hace daño al turismo, lo merma. El papeleo, además, separa nuestros países añadiendo a la lejanía natural la lejanía de la desconfianza. Y como no existen organizaciones juveniles de esas que en Europa auspician los viajes vacacionales de estudiantes, y como viajar entraña un desembolso generalmente reservado a los millonarios, y como hay malicia en puertos y aeropuertos —merced a la cual el más honrado de los hombres aparece ante los ojos del vista como un reo—, se mueven por el continente únicamente los que están dispuestos a soportar el paso por la argolla burocrática. La solución es sencilla y tiene que asumirse valientemente: que baste el pasaporte como testimonio de que quien ha salido de su patria rumbo al exterior lo merece porque no tiene cuentas con la justicia. Es un modo simple de fomentar la unidad y, por ende, la paz.